

Madrid en verano

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

Madrid en verano es un Madrid íntimo, de manga ancha, de «vuelva usted mañana», de la noche es joven y etcétera, etcétera. Lo cierto es que en verano no es posible buscar nada ni insistir en nada. Los teléfonos no contestan, las tiendas ponen su cartelito de «Cerrado por vacaciones» y los forzosos naufragos del asfalto forman una rueda que da la vuelta a la capital de España como si fuera un toisón de oro. Porque las terrazas son la defensa del Madrid en verano, cuando no hay manera humana de estarse en casa, cuando todo funciona de noche, con un latido más débil que de ordinario; pero, al fin, con un latido que consuela.

El madrileño no se da cuenta de lo que tiene. Le sucede un poco lo que a Vicente, que va donde va la gente.

Por eso, en una determinada fecha del verano, cuando se propaga la pólvora de la desbandada, el madrileño, por rutina, por seguir la corriente, hace sus maletas de prisa y se va a donde sea, huyendo de Madrid porque huyen los demás, sacándose el optimismo de la manga y diciendo que no hay nada como el pueblo tal, pero callándose que le falta el agua y que no hay quien pueda dormir por los insectos, porque el pequeño hotelito, que lo ha pagado como si se tratase del palacio del duque de Alba, ha estado todo el día en la parrillá, indefenso en medio del campo, calcinándose como un trozo de metal al que no hay quien se acerque.

Es una pena que el madrileño no conozca su Madrid en verano. Seguro estoy de que no se arrepentiría. El Retiro es un auténtico bosque, una campiña, hasta tal punto considerable que no podrá encontrarse otra parecida a muchos cientos de kilómetros en redondo. Al Retiro no se le da importancia, no se le considera. Es como una broma, sin duda porque está al alcance de cualquiera, sin duda porque no hay que mover las ropas de los armarios, ni tapar las lámparas, ni poner el candado a la puerta.

Madrid en verano no se parece en nada absolutamente al Madrid del invierno. Se presenta en una tercera dimensión bastante grata. Es el gran reinado del botijo, personaje principalísimo del Madrid en verano, personaje socorrido, cordial, fresco y bromista, que se divierte en hacer gracias pesadas a los que no saben empinarlo, dejándoles mejarse el nudo de la corbata.

Madrid en verano es una perseverancia triunfal. Nadie se da cuenta de que trabaja hasta que llega el verano. Porque la delicia del veraneo no está en el lugar, sino en la vacación, en la ausencia y despreocupación del quehacer cotidiano.

Sin trabajo en Madrid, con el mismo propósito de descanso que cuando se va fuera, el ciudadano puede estar seguro de que le envidiarán los califas y los veraneantes. Porque al final nada hay como la casa propia, como las costumbres propias sin quebrantos, como la posibilidad de no tener que prescindir de la comodidad.

Al atardecer Madrid huele a mariscos y a cerveza, como en los puertos. Las terrazas de los cafés, con sus sillas de balneario y sus mujeres de Madrid, de esas que no pueden verse si no es en la calle de Alcalá, se llenan de una gracia insospechada, de una gracia verbera y españolisima.

En verano es cuando uno se da cuenta de que las noches existen y de que los relojes son los cómplices de que no nos demos al sueño hasta las primeras claridades del día siguiente.

Hace falta que venga el verano para que sepamos que en Madrid hay vacaciones, porque nos lo dice un olor al heno húmedo de los establos.

El verano es la verdadera primavera de los abanicos que vuelan como mariposas.

El verano de Madrid se nota porque desaparecen de la Prensa los anuncios de alquileres de cuartos, y porque las salas de billares están vacías de estudiantes, y porque las librerías de lance están llenas de libros de texto, y porque las casas de compraventa no tienen dónde colgar los gabanes.

El encanto de Madrid en verano está en que es menos provinciano, más cosmopolita y escandalosamente castizo.

No hay nada que demuestre tanto el

ser madrileño como quedarse en Madrid en verano, porque entonces se puede decir que no se está sólo a las maduras, que se le quiere por conveniencias. Y el madrileño a voces es el que se escapa de Madrid en cuanto puede, sin mirar atrás siquiera, sin esperar a que maten el último toro de la última corrida de San Isidro.

Por todo eso, Madrid, aun en verano, es el Madrid de la España actual, luminoso, optimista y lleno de un señorío peculiar, que no supieron ver ni Machado, ni Unamuno, ni todos los que elogiaron Castilla.